

Siluetas religiosas del Cid

No presumo que ceda en mengua mía ni desdoro si confieso desde el principio que me siento desplazado en la lista de cultísimos ingenios que festonean y abrillantan con sus talentos este homenaje.

En él me apresto a participar con mi pobreza, venciendo los celos de múltiples factores que me arredran, y en desnivel enorme con las circunstancias que lo reclaman y lo avalan; sin el caudal de ciencia indispensable que me ponga a la iguala con los demás insignes colaboradores que lo planearon y con maestría lo ejecutan; sin el acopio de un ideario que baste a llenar las exigencias de un público selecto e ilustrado; sin aquella eminente autoridad que sólo puede dar un nombre especializado en cuestiones y referencias cidianas..., y por añadidura sin el don inestimable de una palabra dócil y sumisa al pensamiento propio y conquistadora irresistible del pensamiento ajeno, y rica y contrapunteada para reproducir como en un harpa los entusiasmos que vibran de momento en todo pecho burgalés.

Nunca, si de investigación científica se tratase, o de gayo certamente oratorio, rompería una lanza o lanzaría un bohordo en esta noble y honrosa justa.

Pero hay también otros motivos, y de mayor fuerza, que disipan mis escrúpulos y señorean mi voluntad. Es, en primer lugar, la invitación galante, que acepto agradecido, del ilustre y doctísimo Director del «Boletín de la Institución Fernán González», solicitando mi concurso activo en esta solemne y fastuosa conmemoración, que ofrenda Burgos, y de la mano con Burgos ofrenda Castilla, y con Castilla y Burgos ofrenda España, al más alto y egregio de sus hijos, campeón de la fe y de la independencia nacional, «el mayor hombre del mundo que señor tuviese», verdadero prodigio del Creador, «clara victoria de mil lides», epítome y espejo de las virtudes tradicionales y de las eternas esencias castellanas. Y es, en segundo término, el sa-

bor espiritual y beneficiosa ejemplaridad del tema que, en concepto de línea simple y clara, entro brevemente a tratar: EL CID EN SU ASPECTO CRISTIANO Y RELIGIOSO.

Lo trataré con celo y pureza intencional de Obispo, que en todo debe procurar el esplendor de la cruz que lleva sobre el pecho y la glorificación de Jesucristo, de quien es Apóstol. Función de patria y función de apostolado, tales desearía que fuesen, y espero que han de ser, las notas en amigable unisonancia que den tono a este escrito.

* * *

Lo que más fatiga la pluma y corta el aliento al contornear la figura excelsa y evocar las proezas inverosímiles del héroe castellano, es la imprecisión y vaguedad de la línea divisoria entre la ficción y la verdad, entre la magia colorista y ensueños alados de la epopeya y de la canción juglaresca o popular y el contenido descarnado y trama severa de la histórica realidad.

De todo hay, por desgracia y con daño, en la gesta estupenda y lujuriente literatura a que ha dado origen el hijo inmensurable de Vivar. El de Vivar puede sentarse a la tabla redonda de los más esforzados paladines y tratarlos de igual a igual vestido en su propio relevante atuendo, sin necesidad de mendigar ajenas galas que no le abonan, y en todo caso le desfiguran. Y este conjunto informe y entrevero enmarañado de glorias fantásticas y auténticas hazañas al par que cierra el paso para discernir con certidumbre y con justeza los límites de la leyenda y de la historia, enfrenta al historiador con el doble y temeroso escollo de orlar sus sienes con lumbres robadizas de compuestas aureolas o de restar a su corona méritos y timbres que de justicia se le deben.

Afortunadamente, por encima de las crónicas, desacordes no pocas veces entre sí y contradictorias en ocasiones, y fuera de los cantos y rapsodias de trovadores anónimos que agotan los términos de la alabanza y se recrean con situaciones y lances imaginarios, tenemos la tradición oral, unánime, constante y no interrumpida sobre determinados hechos y esclarecidos episodios que ponen de relieve, juntamente con el recio carácter y bravura indómita del Campeador, el temple moral de su espíritu, impregnado de ingenua honradez nativa y de acrisolada religiosidad dignísima de loor, y que no pueden menos de ser acogidos sustancialmente aun por la crítica de más remontado vuelo, por cuanto vienen tamizados a través de numerosas generaciones, y porque la tradición, adjetivada de las antedichas modali-

dades, lo mismo en filosofía y en política que en religión y en historia y en todos los ramos del saber y del arte, es testimonio fehaciente y criterio irrecusable de veracidad y de certeza.

En la órbita de tales hechos incontrovertidos y averiguados cuentan los que van a servirnos como comprobantes de nuestra tesis. Y en primer lugar

EL CRISTO DE LAS BATALLAS

Monje de la abadía benedictina de Cluny, enviado a España por el antiguo abad de Sahagún, don Bernardo de Sedirac, fué don Jerónimo de Perigord desde su llegada, a la vez que vasallo fervoroso del Cid, su amigo íntimo y palaciego asiduo de su corte, que compartió cordialmente los sentimientos de su señor, así los regocijos de sus triunfos como las amarguras de sus agravios y de sus due'os. Obispo de Valencia por designación del conquistador, él le asistió en sus postreras horas, y recogió sus últimos alientos, y veló entre lágrimas su cadáver. Y cuando, abandonado el señorío de Valencia, vino a Salamanca para tomar posesión de su nueva Sede, trajo consigo, como reliquia inapreciable, el milagroso Cristo de las Batallas.

¿Lo llevaba Rodrigo en sus pertrechos como paladión de sus expediciones y protector de sus campañas? ¿Formaría parte del altar portátil que llevase a prevención el cluniacense para celebrar los santos misterios en las plazas conquistadas y arengar a las tropas, infundiéndoles heroísmo, antes de entrar en liza? Sea lo que fuere, pregonaba ciertamente la religiosidad enraizada y sincera del Campeador, que se acompañaba con él en sus incesables cabalgadas. La imagen de Santa María llevaba siempre San Fernando en el arzón de su corcel o en la punta de su pendón...; y era la Virgen de las batallas la que le valía en los combates echando por tierra las murallas de las ciudades asaltadas o cercadas. ¿Tendría nada de extraño que también la Madre de Dios, a cuyo nombre consagró el Campeador la mezquita mayor de Valencia, purificándola de los profanamientos y abominaciones morunas y convirtiéndola en catedral bajo la advocación de Santa María, le prodigara sus bendiciones y le favoreciera en sus empresas para someter a parias los reyes moros? Y sobre todo ¿no será presumible que su Cristo de las Batallas, para cuyo servicio y cuya fe iba clavando sin descanso su enseña caudal en las torres de las fortalezas robadas al mahometano, fuera quien le inspirase aquel valor impertérrito, no sanguinario ni brutal, sino humano y reflexivo, aunque indócil y justiciero, que no sabía de transigencias, y sostuviese su brazo para segar los lauros que ador-

nan sus sienes, y que sólo se cortan en los campos de Marte y en la palestra del heroísmo?

¡El Cristo de las Batallas! Lástima que los cronistas anduvieran tan parcos y descuidados en referir las cosas tocantes a los últimos suspiros y final desenlace del héroe. Él fué, sin duda, el Cristo de las Batallas, quien le asistió en el supremo trance, y fortaleció su espíritu en angustia, y consoló su alma en agonía. A él, sin duda, dirigiría su pensamiento y sus pupilas vidriadas. Y como en vida le había dicho: «Grado a Dios señor del mundo; antes estuve pobre, y ahora tengo tesoros, tierra y estado», ahora le diría suplicante: «Grado a tí, que me formaste del barro y por mí te dejaste atarazar, para que yo bien muera. Olvida divinamente mis olvidos; y, perdonador misericordioso, recíbeme en tu seno».

Historia? Bovarismo? Verisimilitud y atisbos indiciarios de la realidad en medio del silencio de los cronistas. Su famoso Cristo de las Batallas había sido, en el mediodía de sus victorias, gonfalon de sus ejércitos y sostén invencible de su brazo. Sería una antilogía inexplicable que no fuera, en la noche de sus vencimientos, la esperanza y amparo de su impotencia, su Cristo famoso de las Batallas.

* * *

Rasgos episódicos que perfilan la silueta religiosa del Cid y adveran la reciedumbre de su fe, y exhalan aroma de arcana y concentrada piedad, que es la esencia del cristianismo, o cuando menos, el basamento amplio y firme de la superestructura de nuestra religión, los encontramos asimismo en variedad de escenas culminantes de su carrera y en el espeso enjambre de sentidas frases, flores encantadoras de devoción, que germinan espontáneamente en su corazón y se despliegan en sus labios.

Víctima de los malos «mestureros» partía de Burgos, echado abusivamente por el rey. Y al ver desde la glera del Arlanzón la ciudad coronada por el castillo y reparar en la románica catedral que domina con señorial ademán el caserío, vuelve las riendas de su caballo hacia el lejano campanario, se santigua cristianamente la cara, y se encomienda a la Virgen gloriosa, Santa María, ofreciendo a su altar, si le socorre, «ricas donas» y cuantiosas misas.

Expresiones cortas de agradecimiento, de súplica, de alabanza, brotan a manta de Dios de su pecho y se le oye pronunciar con humilde acatamiento a cada paso: «Si Dios quisiere y me diere consuelo en ello»; «Si Dios fuere servido que los vençamos»; «Loado a

Nuestro Sennor Dios et a los sus santos»; «Et bien fío en la merced de Dios de los vencer a ellos todos»; «Et non lo agradezco a omne del mundo sinon a mi Sennor Jesu Cristo»... Y tantas otras hermosas frases que iluminan y exornan las crónicas.

Y ¿qué son sino argumentos, no ya indiciarios, sino plenamente probatorios, de acendrada y actuosa espiritualidad las espléndidas donaciones a la Sede episcopal valentina, dotándola con ricas alhajas para el culto y con muchas almunias, villas y heredades exentas de tributos; al monasterio de Silos, asignándole la mitad de sus posesiones en los pueblos vecinos; y a Cardaña, y a otras iglesias y abadías, para que ofreciesen oraciones y sacrificios que le descargasen de sus deudas para con Dios y en impetración de auxilios para sus armas, «como sea el señor de todos los reinos de los hombres, que los da y los quita según su voluntad?»

* * *

Pero donde más se reflejan y se parecen a las claras el fondo religioso y las vivencias cristianas del héroe castellano y portentoso debelador de moros, es en su filial acogimiento y frecuente recurso a la intercesión de la Virgen.

En las epopeyas clásicas, cada héroe tiene su numen tutelar, que con aparato de rayos, truenos y carrozas de nubes baja del olimpo para acorrerle en las batallas. Con harto más verdad, en nuestro viejo cantar de gesta, la protectora del Cid, que invisible, pero eficazmente le acorre, es Santa María, cuyo patrocinio se había ganado con su habitual invocación a la Señora. «Plegue a Santa María», «merded vos pido, Santa María», «grado a Santa María», es el bordón, es el grito, que en toda coyuntura, peligrosa o gozosa, ponen en su boca los analistas de sus proezas. No les basta que hable por la voz de sus hechos; quieren presentarlo en acción, obrando, practicando:

Legó a Santa María; luego descabalgaba,

Fincó los inoios, de corazón rogaba.

La oración fecha, luego cabalgaba.

Indicamos arriba su adiós a la Virgen al despedirse de Castilla para dar comienzo a su epopeya. Pero lo expresa más viva y graciosamente el Poema:

La cara del caballo tornó a Santa María,
Alçó su mano diestra, la cara se santigua:
A tí lo agradezco, Dios que cielo y tierra guías:
Valan me tus virtudes, gloriosa Santa María!
Vuestra virtud me vala, gloriosa en mi exida
E me acorra de noche e de día!
Si vos así lo fiziéredes e la ventura me fuere complida
Mando a vuestro altar buenas donas e ricas
Esto e yo en deudo que faga y cantar mil misas.

Quando, en medio de sus triunfos y opulencia, recuerda la pobreza y soledad de sus principios, exclama:

Grado a Dios, Minaya, e Santa María su Madre.
Con más pocos exiemos de la casa de Bibar.
Agora avemos riquiça, más avremos adelant.

Y cuando su Jimena se asusta del ruido de los atambores de los moros, la consuevia diciéndola que aquellos instrumentos, como trofeos de la victoria,

colgarlos han en Santa María, Madre del Criador.

* * *

Para sustentación y diafanidad de nuestra tesis basta, de cierto, lo apuntado, que podría incrementarse pingüemente. Ello estimamos que nos avala asazmente y nos faculta para sentar en derecho: No puede desecharse como soñación de compatriotas indocumentados el sentimiento religioso y carácter cristiano del Campeador.

Venerable le llama su íntimo confidente y testigo de sus pasos y de su muerte, el monje cluniacense y Obispo de Valencia y de Salamanca, Don Jerónimo de Perigord. De Felipe II se dice, sin que pueda comprobarse, que tuvo empeño en verle canonizado, a lo cual nunca se avino Roma. No forma el Campeador, ciertamente, en la galería de los héroes del cristianismo, que son los santos. Pero esto no embarga la dimensión de su grandeza épica, ni desvalora su ejecutoria de ardoroso cruzado en la multiseccular cruzada española. El sol tiene manchas y nubosidades y franjas opacas..., que no ensombrecen la refulgencia de su disco. El río tiene espumas, y aguas estantias y sedimentos..., que no enturbian la sobrehaz de su corriente. Debajo de la escoria pétreo del Cid está el oro puro de su alma

genuinamente católica, Catedrático de valentía le han llamado: es, a lo menos, discípulo aprovechado en la escuela de iniciación cristiana.

«A todos alcanza ondra por el que en buen hora nació» Los laureles de su frente airones son que decoran la nuestra. Pero observemos a la par que también, recíprocamente, nos comprometen. Nunca más imperioso y luminiscente el lema de la antigua hidalguía: *nobleza obliga*. El cual no exige, ciertamente, que cada infanzón de Castilla sea un genio, ni cada título de España un héroe, ni cada apellido burgalés un santo; porque ni el genio se hereda, ni la inteligencia se vincula, ni el heroísmo es un pergamino, ni la santidad un mayorazgo. Pero, ciertamente, exige siempre, e impone con la fuerza insoslayable de un deber de conciencia, la obligación de considerar en la ascendencia egregia una carga a la vez que un honor; de servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; de sostener la dignidad de las glorias que representa; de echar, como Breno, el peso de la espada o el peso del talento en la balanza en que oscilan la ruina y esplendor de la patria; de sentir algo más que voluptuosidades, de querer algo más que placeres, de codiciar los valores y superior excelencia del espíritu; de mantener incólume junto con la Ley del caballero la ley del cristiano; de saber defender los grandes ideales que defendieron con su vida nuestros mayores; de saber morir, peleando y rezando, por su integridad y perpetuo florecimiento.

Revivan en nosotros las virtudes del hijo esclarecido de Vivar: justicia, patriotismo, valor, piedad, ortodoxia, fe..., y los burgaleses de hoy, y los castellanos de mañana, y los españoles de siempre nos sentiremos empujados a las conquistas que el porvenir tiene reservadas a la raza hispana.

† LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS